

Aunque mejoraría si estuviera bien escrito, el libro es “razonablemente exitoso” en tres de estos cuatro objetivos: el primero, el segundo y el cuarto. Tomado literariamente, el tercero excede ampliamente las posibilidades de un estudio puntual. Además, el párrafo entrecomillado ilustra los frecuentes problemas de redacción de la prosa. En los pasajes más abstractos, este problema es bastante serio, aunque no más que en la mayor parte de la bibliografía historiográfica, sociológica y politológica proveniente de la América hispana.

De todos modos, la obra logra perfectamente su cometido cuando se limita a presentar información acerca de las imágenes que estudia. Aparte del mencionado, otros capítulos también consiguen lo que se proponen. Es útil el referente a las representaciones textuales y visuales de América del Sur entre 1890 y 1945. También lo son los que documentan la convergencia de intereses entre tres partes: los exploradores y científicos norteamericanos (que proveían conocimientos útiles), el comercio en expansión de una potencia incipiente (1820-1850) y los inversionistas neoimperiales de un período posterior (1890-1920). Y el capítulo dedicado a “Sud-América en el discurso imperial” viene adornado por algunas de las lacerantes caricaturas reunidas en el excelente libro de J.J. Johnson, *Latin America in Caricature* (1980).

En suma, se trata de un aporte útil al conocimiento, que en mi opinión está ligeramente empañado por sesgos y debilidades comunes en la disciplina.

Carlos Escudé

Universidad del CEMA, Buenos Aires

PATRICIA FUNES: *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2006.

El giro de época que vivimos desde ya hace unas décadas también ha transformado las formas de hacer Historia. Una disciplina de ese porte milenario, que busca producir conocimiento crítico sobre el pasado desde las preguntas e hipótesis que le resultan disponibles al historiador desde su presente, no podía menos que conmoverse –como otros oficios– de cara a los profundos procesos de cambio vividos en los más diversos planos del quehacer humano. Sin embargo, como también suele ocurrir, las disciplinas científicas no siempre anticipan, o al menos se acompañan, a las transformaciones históricas. Antes bien, en tiempos de cambio agudo, aparecen los inefables “guardianes de la ortodoxia”, esas figuras que frente a la exigencia ineludible de la innovación responden con intentos patéticos de “administración de legitimidad” y/o de “autoridad” dentro del oficio, desalentando lo nuevo y aferrándose a los viejos dogmas y “hegemonías”, como forma de mantener su poder desafiado. En radical

contraposición contra esa postura “intelectual”, Patricia Funes nos ofrece una prueba de innovación, uniendo las mejores tradiciones del oficio (el apego a la documentación más variada y exhaustiva, el rigor de su crítica, la teorización pertinente y operativa) con la necesidad imperiosa de transitar nuevos caminos (en la redefinición de categorías complejas como la de los intelectuales, en el diseño de una investigación ambiciosa que cruza ámbitos regionales con problemas y asuntos), eludiendo el camino perezoso –y cada vez menos útil– de reiterar la vía tan recorrida de hacer “historia de las ideas” por países o por biografías intelectuales en forma restringida.

No cabe duda que se trata de un libro –adaptación y síntesis de una tesis de doctorado realizada en la Universidad Nacional de La Plata– con un objeto de estudio muy ambicioso, a veces casi hasta la desmesura. Sin embargo, la autora presentaba credenciales para hacerlo. Patricia Funes es una de las mayores especialistas en historia latinoamericana del siglo XX en la región. Durante casi dos décadas ha venido trabajando de forma particular el tema de los intelectuales, su debate de ideas y la siempre desafiante “cuestión” de la nación, lo que le otorga una vasta acumulación sobre la problemática y el período abordados. Su tesis de doctorado, convertida ahora en forma adecuada en libro, supone una primera gran síntesis, no por cierto la culminación de una trayectoria de investigación fértil y rigurosa.

Como lo señala la autora, el objeto de estudio central de la investigación apuntaba a “*analizar la reflexión acerca de la nación entre los intelectuales latinoamericanos en la década de 1920*”. Ese foco propone en primer lugar recortar una entidad propia e intransferible a los años veinte, “*años de tránsito, de ideas nómades, hermafroditas,*” “*década inconformista*” en la que “*todo está como por ser o despidiéndose de lo que era*”, que “*deja atrás el “largo siglo XIX” e inicia el siglo XX*”, por lo que buena parte de sus debates, rupturas y búsquedas adquieren “*un carácter coloidal, (...) fundacional de muchas tradiciones intelectuales, culturales y políticas del siglo XX latinoamericano*”. Este otorgamiento de una identidad propia a la década de los 20 aparece confirmada, a partir de la implementación de esa metodología original que cruza de manera fundamental –aunque no excluyente, pues en más de una ocasión se alude a intelectuales de otras procedencias– las posturas de autores fundamentales de tres países (Perú, México y Argentina) en relación a “*cinco problemas*” que contienen muy bien “*el menú de temas del banquete de los intelectuales*” en relación a sus interpretaciones acerca del “problema” de la nación. Pero además, la obra cuenta en su primera parte con varios capítulos que profundizan aun más la persuasividad de ese punto de partida, en especial el realmente brillante y esclarecedor titulado “*Los años veinte. Diálogos entre la vieja Europa y la*

joven América”, que configura una magnífica pintura sobre la singularidad de los *twenties* en Occidente.

Esta metodología, que busca trascender los abordajes propiamente nacionales en los debates de los intelectuales sobre la nación y sus “asuntos”, resulta un auténtico aporte sobre una nueva manera de hacer “historia de las ideas” y aun más, en general, de hacer “historia latinoamericana”. Se trata de confrontar la sobrevivencia de ese “*sello solipsista, endógeno y ufanista*” de esos discursos “*cerradamente nacionalistas*” que tanto han influido en la construcción de nuestros imaginarios nacionales en América Latina. La “*invitación*” de este libro es bien otra, mucho más interesante y fundada: “*una forma de contrarrestar esos ‘patrimonios’ –nos dice Funes en otro pasaje- es poner en diálogo más las ideas que las fronteras, quizás más ‘matrimoniales’ que patrimoniales.*” Este diseño original del conjunto de la investigación se ve enriquecido por el abordaje que la autora hace sobre la siempre “elusiva” caracterización de los “intelectuales”, la que se analiza en particular en el capítulo titulado “*Los ulises criollos. Entre la ‘ciudad letrada’ y las vanguardias*”. Allí Funes avanza definiciones, realiza deslindes teóricos, justifica y clasifica el elenco de los intelectuales trabajados, registra con pulcritud los debates de los veinte acerca del tema, sin por ello perder de vista el “*carácter germinal*” y el “*lugar fronterizo*” de la propia figura del “intelectual” en el paisaje cultural y político de la época.

¿Cuáles son los cinco “*problemas*” elegidos que estructuran la obra a los efectos de posibilitar el diálogo y la interpelación entre los intelectuales cuya obra se analiza y las interpretaciones de la nación en la década de los 20? Funes inicia cada sección con una “*proposición*” a modo de “hoja de ruta” de la indagación siguiente. La primera proposición refiere las **relaciones entre nación, crisis y modernidad**, esta última abordada desde sus dos tradiciones clásicas, una idiosincrática y la otra constructivista. La segunda proposición aborda “**las formas de incorporación del “otro” antes excluido de la nación**”. La tercera proposición pone como centro **el antiimperialismo de la primera posguerra**, en tanto eje privilegiado de debate a propósito de destinos y estrategias para esa “*Indoamérica*” agitada de la época. La cuarta proposición analiza **la reflexión sobre la lengua y la literatura nacionales** como prisma especialmente revelador de los sentidos conferidos a la idea de nación. Finalmente, la quinta proposición estudia **las ideologías políticas** en un contexto de época en que los síntomas de agotamiento del “*orden oligárquico*” se articulan con profundas revisiones sobre temas cruciales como el de las relaciones entre Estado y sociedad civil, la definición de los valores republicanos, la democracia, la revolución, el socialismo, el/los nacionalismos, los indigenismos, en una encrucijada histórica en que la construcción de la nación se entrelaza en forma casi ineludible con la búsqueda de principios de legitimidad alternativos. Un vínculo muy consistente

entre los problemas identificados como ejes interpelantes y las proposiciones ordenadoras del debate intelectual sobre la nación en la época, afirman un eje vertebrador muy sólido del conjunto de la investigación, lo que le otorga a la obra una solidez y una claridad interpretativa muy fuerte, desde el soporte de un relevamiento heurístico y bibliográfico de una exhaustividad indiscutible. Todo ello dota a la obra de un interés que no decae y de una persuasividad interpretativa muy lograda.

En el marco de este abordaje gigantesco, tan ambicioso en sus objetivos como en la hondura de las interpelaciones planteadas, la lectura atenta de la obra permite al lector el registro de hallazgos tan formidables como inesperados. La aprobación por parte del Senado mexicano el 22 de septiembre de 1927 de un proyecto de ley para invitar a los gobiernos de la región a “*establecer una ciudadanía latinoamericana, con los mismos derechos y deberes de los países de origen*”, o los laberintos de las múltiples formas de “*panteísmo político*” y de intentos de constitución de “*religiones civiles*” muy presentes en la época, en las que se buscaba una “*sacralización*” alternativa de propuestas políticas (revolucionarias o reaccionarias), son solo pequeños ejemplos de una cantera de descubrimientos que esperan al lector. La lista de los intelectuales, cuya vida y obra se trabaja con minuciosidad (Víctor A. Belaúnde, Jorge Luis Borges, Manuel Gálvez, Manuel Gamio, Francisco García Calderón, Manuel González Prada, Víctor Raúl Haya de la Torre, Pedro Henríquez Ureña, José Ingenieros, Vicente Lombardo Toledano, Leopoldo Lugones, José Carlos Mariátegui, Andrés Molina Enríquez, Alfonso Reyes, José E. Rodó, Ricardo Rojas, Luis Alberto Sánchez, Manuel Ugarte, Luis Valcárcel, José Vasconcelos, Alberto Zum Felde, entre otros), resulta impresionante.

El libro merece lecturas exigentes y tan rigurosas como ha sido el trabajo de la autora. Es de esperar que esta obra sea difundida en todo el continente y no quede prisionera, como suele ocurrir, de las debilidades de nuestra integración editorial o restringida a circuitos de especialistas. Además de su carácter inédito acerca de cómo construir una nueva “*historia latinoamericana*” en referencia a problemas y procesos y no balcanizada desde la mera agregación de enfoques nacionales, desde “simulacros” de comparación o desde visiones “holísticas” ensayistas y poco rigurosas, merece conocerse más allá de los “casos” nacionales abordados. Ello importa incluso trascendiendo el campo de la interpretación histórica estricto sensu, pues en la década de los veinte se comienzan a roturar culturas y escenarios que matizarían las trayectorias posteriores de no pocos actores latinoamericanos del siglo XX.

Como bien señala Funes en el párrafo final del libro: “La pretensión de la representación total y holística de la nación inaugura formas ‘frentistas’, corporativas y movimientistas que arraigaron fuertemente en las culturas políticas

de la región. Una nación que se revela más abarcativa, más ampliada, no así más democrática ni más plural. Quien impusiera ‘sus’ significados de la nación se haría de un plus de legitimidad política de la mayor importancia. Por eso consideramos fundacional la discusión intelectual sobre la nación en la década de 1920, en la que esos significados se tramitan prioritariamente en el campo cultural e ideológico y, recién hacia finales de la misma, se objetivan políticamente.” Bien lejos de toda forma de historicismo, ¿es que acaso se puede retacear la persuasividad de ese “espejo” para entender varios de los procesos históricos que se sucedieron con posterioridad? ¿Es que acaso esas y otras proposiciones del libro no pueden interpelar genuinamente trayectorias y comportamientos contemporáneos que se despliegan hoy mismo en nuestro continente?

Gerardo Caetano

Universidad de la República, Uruguay

ALAN KNIGHT and WIL PANSTERS (eds.): *Caciquismo in Twentieth Century Mexico*. London: Institute for the Study of the Americas, 2005.

Caciquismo in Twentieth Century Mexico gives the reader much to consider. With the goal of updating David Brading’s edited volume, *Caudillo and Peasant in the Mexican Revolution* (1980), it sweeps through the century in multidisciplinary fashion, describing ejidal caciques, urban caciques, labor caciques, national caciques, Cristero caciques, institutionalized caciques, university caciques, and gatekeeper caciques. As is inevitable in a collective work, some authors address central issues more squarely than others and not all agree, but Knight’s excellent introduction and Pansters’s meticulous conclusion do a good job of drawing things together.

Brading’s book concentrated on the period from 1910 to 1940. It also focused on caudillos, while the present volume uses caciques as its organizing concept. The reason for that, Knight indicates, has to do with definitions of the two terms. Eschewing the position that a caudillo is merely a cacique writ large—operating on the state or national, as opposed to local, level—Knight cogently asserts that a caudillo is a warlord, while a cacique is a political boss or broker who functions during periods of relative peace. Both use violence, but the caudillo is the product of more violent times. Since 1940, then, caudillismo has not been viable in Mexico, leaving caciques the obvious focus for a book that wants to chart clientelism up to the present.

The volume is divided into three parts: the first covering the period of revolutionary fighting and its aftermath; the second focusing on the middle of the century; and the third concerned with contemporary events. Part one consists